





No me he encontrado en mi vida gentes más satisfechas que lo estaban mis queridos paisanos.

— Estamos hechizados con tanta bondad, dijo Gutiérrez.

— Eso es hidalguía, apuntó Escandón.

— Estos son príncipes, añadió Murphy.

— Le aguardan á usted mañana, señor General.

— Quieren darle una muestra de su admiración.

— ¡Qué día! exclamó Miranda; Miramar y el tres de Octubre quedarán indelebles en nuestra historia.

— Pero cuenten ustedes y cuéntenlo todo y con orden, porque de otra manera me quedo á media miel.

— Que se lo cuente á usted el padre, indicó Woll.

— No, que lo diga don Ignacio, replicó el aludido.

— Pues, señora, tiene usted para bien saber y yo para mal contarle, y dispéñeme que comience mi relación como las de los niños, ya que lo que nos ha pasado parece cuento de hadas...

— Bien, muy bien dicho.

— Pues, señora, ha de saber usted que llegamos al palacio á la hora en punto...

— Como diez minutos antes, interrumpió un matemático, que debe de haber sido Velázquez.

— Eso es, diez minutos antes, confirmó el narrador. Ya nos esperaba á la puerta del castillo toda la servidumbre vestida de gran librea. Había marineros (y lo eran de

veras), había sujetos vestidos de negro con bordados de plata y espada al cinto, había otros con chupines blancos é insignias azules, y todos con calzón corto, media de seda y zapatos bajos de charol. Al cabo de la fila se veían los alabarderos, con sus grandes barbas rubias, sus sombreros al tres adornados con plumas blancas, quietos, inmóviles, empuñando su larga alabarda con el asta forrada de terciopelo y el regatón brillante como si fuera de plata...

— De plata es, dijo Hidalgo, de plata forjada á martillo.

— Bien; habrían pasado dos ó tres minutos cuando se abrió una puerta y apareció el Archiduque con todo el aire de un soberano... La verdad, á mí me ofuscó con su continente regio y con su bella presencia, y no supe darme cuenta ni de cómo estaba vestido S. A...

— De frac, hombre, de frac azul, advirtió Gutiérrez benévolaemente, y llevando al pecho la cruz de San Esteban y el Toisón de Oro.

— Y haga usted notar que en la estancia había sendos retratos de SS. MM. el Emperador y la Emperatriz de los franceses...

— Y otro de S. M. I. A. el augusto hermano de nuestro Príncipe.

— Pues es el caso que á la hora que entró S. A. al salón donde le esperábamos, se retiró la servidumbre, se ce-



rraron las puertas, el señor Gutiérrez leyó su discurso, le contestó el señor Archiduque con voz reposada, fuerte y resuelta, y en español bastante aceptable...

— Entretanto S. A. nos veía con aquellos sus ojazos azules, límpidos, profundos, llenos de primor, y parecía decirme á solas cuando su mirada se posaba en mí: «Tú y todos vosotros seréis en adelante mis súbditos, mis hijos, mis criaturas, por quien dejaré lo más caro que tengo... Voy á desposarme con tu patria, voy á ser su amante fidelísimo, pues así como para los otros hombres se escribió aquello de «Dejarás á tu padre y á tu madre y seguirás con tu marido una sola carne», así para nosotros los príncipes se ha dicho: «Dejarás tu patria y tus comodidades y tu vivir holgado y fastuoso é irás á tierra extraña y en ella reinarás y encenderás tu hogar y te convertirás en mexicano.»

— Muy bien, muy bien, eso en efecto parecía decir Su Alteza al mirarnos.

— Luego S. A. pasó al interior y trajo á su mujer, la bellísima archiduquesa Carlota, que es la cifra y el compendio de todos los primores. La acompañaban la princesa de Auesperg, dama de honor, y la condesa de Lützon, gran aya del Archiduque y madre política de nuestro Gutiérrez.

— Y la dueña más cabal que huelle alfombras cortesanas y pasee por residencias reales.

— La Archiduquesa, continuó Aguilar, es muy bella, pero más que bella es buena y discreta. Luego que nos presentaron á ella, recorrió nuestro círculo para cumplimentarnos diciéndonos cuanto pudiera halagar nuestra vanidad, nuestros intereses ó simplemente nuestro amor propio nacional. Al acercármeme me habló de manera tan cordial y afectuosa, que no parecía sino que ella pertenecía á mi humilde alcurnia ó que yo había nacido también en las gradas del trono. — «Señor de Aguilar, me dijo, el dictamen que habéis presentado á la Asamblea de Notables, da á conocer en vos miras de político y de hombre de Estado eminente. Mucho podéis hacer en pro de vuestra patria y mucho debe de esperar ella de un hijo tan talentoso y tan sabio...» Esas cosas tan buenas, dichas en un español tan claro y tan correcto, me dejaron empequeñecido y asombrado.

— A mí me habló, dijo Velázquez de León, de los adelantados del Colegio de Minería, que dijo saber era uno de los primeros del mundo.

— A mí...

— A mí...

— A mí...

— Aún no concluyo, exclamó Aguilar dominando el tumulto. También me dijo: «Ya os conocíamos por los elogios que hacían de vuestra persona los señores Labastida y Munguía... ¡Qué excelentes pastores, qué capacidades



tan grandes, qué espíritu evangélico tan alto y tan bien empleado!»

— ¡Bendito sea Dios, exclamó Gutiérrez con los ojos rasos de lágrimas; bendito sea Dios que nos consiente oír tales palabras de boca de quienes van á gobernar nuestra sociedad...! ¡Bendito sea Dios!

— A mí, dijo Escandón, me alabó por la obra del ferrocarril de Veracruz á México. Parece mentira, pero no sólo tiene idea de las distancias, sino también de las dificultades del camino... «Sólo un hombre como vos, que sois por la perseverancia un segundo Lesseps, podía acometer una obra tan colosal... Con media docena como vos, se regeneraba México.»

— Pues lo que es á mí me puso por las nubes por las que bondadosamente llama mis hazañas en la guerra civil, apuntó Woll.

— Al fin paisana de usted...

— Tuvo la bondad de expresar que era yo una gloria belga.

— ¡Qué amable!

— ¡Qué fina!

— ¡Qué generosa!

— ¡Qué ángel tiene!

— Ella misma es un ángel.

— Nació para ceñir la diadema imperial.

— Pues á mí, dijo tímido Iglesias, me felicitó por el

parentesco con la señora doña Josefa Ortiz de Domínguez. «Ya sé que una abuela vuestra conspiró contra los españoles hasta lograr echarlos del territorio... Lo he leído en la historia de don Lucas Alamán... Debe tener una estatua la mujer que tales cosas hizo y vos debéis envaneceros de descender de ella.»

— Amigo, dijo Miranda; quizás será porque no he vivido entre príncipes ni estoy hecho á frecuentar palacios, pero ello es que me siento deslumbrado con esta visita; evidentemente que son personas de casta superior á la nuestra estos príncipes que tan generosamente nos reciben y se sacrifican por nosotros, dejando su alta posición en el mundo, las comodidades de que gozan y las probabilidades que tienen de suceder en la más alta ó por lo menos en una de las más bellas coronas que existen sobre la tierra, para irse á meter á aquella tierra de revolucionarios, de bandidos y de pobres.

— ¡Qué buenos son!

— Sí, amiga mía, ¡qué buenos son! Es preciso conocerles, es preciso hablarles, es preciso descubrir los tesoros de virtud, de discreción, de magnanimidad, de delicadeza y de cuantas buenas cualidades se puedan desear para apreciar dignamente al príncipe y á la princesa — y una lágrima, probablemente una de las pocas que derramó en su vida, resbaló por las tostadas mejillas de Miranda.



— Bien, dije encontrando la oportunidad de meter baza; pero ¿aceptan ó no aceptan la corona?

— La respuesta de S. A. ha sido la que debía ser; se aguarda á que la nación confirme el voto de la Asamblea de Notables; pero si ese voto se confirma, podemos contar con la presencia del nieto de Carlos V en nuestra tierra.

— En fin, que la cuestión mexicana está resuelta.

— Que tenemos ya Emperador.

— Que los demagogos quedan con un palmo de narices.

— Y que no tardaremos en ver la regeneración de México.

— ¡Bendito sea Dios! repetía Gutiérrez; ¡bendito sea Dios que tales cosas permite para nuestro bien!... *Digitus dei est hic...* Aquí está el dedo de Dios.

Esa noche comieron en Miramar los mexicanos y al día siguiente me aturdieron con las descripciones de cuanto habían visto y oído. Los trajes de la Archiduquesa, sus alhajas y su peinado; el servicio de la mesa, todo de plata y oro; la amabilidad y el buen gusto del Archiduque; la música, los criados, la biblioteca, todo les tenía hechizados y satisfechos. Eran, triste es decirlo, á manera de niños que hubieran ido por primera vez á una comedia de magia.

Y cuenta que los que más ofuscados estaban con el polvillo de oro que les habían echado á los ojos, no eran el provinciano Aguilar, ni el teócrata Miranda, ni el canijo

conde del Valle; tan deslumbrados como ellos estaban Escandón, Hidalgo, Arrangoiz (que ya escupía en rueda) y Velázquez. No hacían más que hablar de los diamantes de Carlota, de sus calabacillas, de sus amatistas y de sus esmeraldas; no mencionaban más que el servicio de Miramar, la comida de Miramar, las reliquias de Miramar y las deliciosas vistas que desde Miramar se disfrutaban. Más grande fué su entusiasmo el día que el Archiduque les dió un espectáculo que la mayor parte de ellos nunca había visto. Salieron á dar un paseo por mar, se alejaron un poco de la costa, el Emperador hizo sonar un pito de contramaestre que llevaba guardado, é instantáneamente el castillo se iluminó con los colores verde, blanco y rojo. Lo dicho: la comedia de magia perfectamente calculada y clara.

— ¡Qué *féerie*, señora Jecker! exclamaba Hidalgo el bueno, refiriéndomelo al día siguiente.

— ¡Nuestro pabellón, nuestro sagrado pabellón tricolor, el que se tremoló en Iguala! gritaba Aguilar.

— Y lo más bello, decía Gutiérrez, lo más delicado de todo, fué que en lo alto del castillo apareció la imagen de la Virgen indita, de mi señora de Guadalupe, de la aparecida del Tepeyac; no puedo menos de llorar al recordarlo.

— Es una belleza.

— Es una gran muestra de patriotismo.



Y volvían de nuevo las bendiciones á S. A. y las acciones de gracias á Dios porque permitía aquello.

El cuatro partió la mayoría de los comisionados y quedó solo un cuerpo de áulicos formado de Aguilar, Gutiérrez, Hidalgo, Velázquez y Arrangoiz, que iba á ins-

truir al príncipe en las cosas de México.

El cinco bajaron de Miramar los mexicanos é Hidalgo me dijo:

—SS. AA. desean ver á usted, señora, para preguntarle ciertas cosas tocantes á su negocio. Sírvase acompañarnos mañana. También el general Mendoza será de la partida.

El día siguiente, á las diez, cuando yo estaba lista y los demás aguardaban los coches de Miramar, un faquín puso en mis manos una carta:

«Señora, sírvase disculparme con los amigos; me marcho, porque de quedarme iría al fin á la casa de esos príncipes, y usted, que conoce mi republicanismo, compren-



derá que no es posible tal cosa mientras el loco Mendoza no se convierta en otra persona. Me marcho á París al lado de mi prima, y de allí le escribiré largamente. No me olvidé de su yerno y usted no se olvide de su respetuoso y adicto

*J. M. González de Mendoza.»*

